

RAUL CARDIEL REYES

# Meditaciones de Picolino



En tiempo de

Año VII



Cuadrante

No. 1

Literatura

891

UNIVERSIDAD AUTONOMA  
DE SAN LUIS POTOSI

1977



# Meditaciones de Picolino

RAÚL CARDIEL REYES

*Hace varios años, en 1967, publiqué un libro con el título anterior. Ahí consignaba las reflexiones, personales y muy peculiares de Picolino, personaje extraño, divagador y ambulante.*

*Un nuevo encuentro con él me ha dado motivo para reproducir algunos de los temas de su conversaciones, extravagantes, pero llenas de sugerencias, que enseguida doy a conocer.*

## LOS HOMBRES ADANICOS

HAY hombres adánicos, primitivos, en todas las épocas. El padre Adán, el primer hombre aparece en el mundo sin ningún antecedente; equipado únicamente con sus impulsos naturales y sus facultades anímicas; tiene que iniciarlo todo, aprenderlo todo. Reacciona sin patrones previos, bajo el signo de lo espontáneo y lo prístino. Ha de ser descubridor de la naturaleza, en su sentido más radical y nato: aprender que la luz brilla y el fuego quema; que la noche es oscura y puede descansarse en su seno profundo.

Sin embargo, ¡cuán equivocados estamos cuando creemos que sólo hubo una vez una vida adánica, prístina, espontánea! El hombre pierde su naturaleza adánica por la instrucción y la educación de sus mayores, por la trasmisión de ajenas experiencias, que le roban su primitiva inocencia.

Pese a todo eso, hay hombres que han vivido y viven sin educación en sentido estricto. Han aprendido a conducirse en la moderna civilización, como Adán ante el mundo natural. Esos hombres tienen que aprender que hay calles y automóviles; que éstos pueden atropellar, que existen hombres ricos y pobres; buenos y malos; miseria, enfermedad y opresión. Son como los perros callejeros, que suben a la banqueta cuando ven por el pavimento un coche que rueda; que saben donde están las carnicerías; que huelen a los hombres malos y a los buenos. Estos perros callejeros han aprendido a conducirse en el mundo civilizado, a base de sus reflejos y de sus instintos.

Muchos hombres viven en nuestro mundo como los perros callejeros, con un mínimo de reflejos condicionados y de experiencias necesarias para vivir. Los vemos mover una carretilla o conducir un auto, o cargar los bultos en los mercados congestionados. Pero al escucharlos hablar, se tiene la idea de que han aprendido ciertas frases y palabras, como el perro al ladrar de temor, de furia o de contento.

Son ellos los hombres adánicos. Han recorrido todas las épocas y todos los mundos. Van como al margen del tiempo, olisqueando las sobras y las cenizas de las civilizaciones que pasan. Son como el fondo más profundo de la humanidad, como el subsuelo marino, el piso firme en donde se detienen los arqueólogos. No se puede ir más allá en la búsqueda de la naturaleza humana. Son su materia prima, el manantial de donde todo mana y se derrama.

Hay en ellos bestialidad e inocencia; temor y furia demoníaca; nobleza y ruindad; pequeños ángeles y bestias; antros profusos en donde tienen cabida los impulsos más increíbles y aterradores; mundo subterráneo, poblado de monstruos y de seres divinos. Cuando el

mundo experimenta una gran crisis y todo lo construído se bambolea; cuando parece que la civilización va a venirse abajo en un nuevo y tremendo cataclismo, ese hombre adánico está en el borde del abismo, sonriendo, esperando que nuevamente el mundo sea suyo, para iniciar una vez más la marcha prístina del hombre sobre la tierra.

## LOS ESTILOS PICTORICOS DE PENSAR

ENTRE la pintura y el pensar hay paralelos grandes y sorprendentes. Ambos son actitudes que quieren captar una realidad, de un modo u otro, ya sea la natural que se tiene ante los ojos, la ideal que sólo capta la imaginación y el pensar abstracto o una realidad supuestamente al fondo recóndito de lo natural.

Por esa circunstancia puede establecerse un paralelo entre ambas actividades.

Al pensar teológico, metafísico, que proclama el haber penetrado hasta el mundo del más allá, que está después del natural, que forma entidades ya personales, como Dios, ya impersonales como las esencias platónicas, corresponde toda la pintura bizantina, rígida, hierática, de formas fijas e inalterables, que quieren ser trasunto de una realidad perenne y eterna. Tanto el pensar metafísico como la pintura bizantina creen firmemente en haber hallado la realidad, la verdad, de una vez por todas, y que no hay nada que añadir a esa aprehensión de la realidad, como no sea un constante afán humano de acercarse a ella, para identificarse y sub-unirse en ella, algo así como la disolución del ser en el Nirvana Búdico.

A la pintura clásica, tradicional, después petrificada, por no decir, degenerada en la academista, corresponde el pensar naturalista, realista, de la física newtoniana y de todos los filósofos materialistas, que sólo aspiran a penetrar y comprender la realidad más tangible en todos sus aspectos.

El estilo impresionista me ha parecido, a primera vista, algo difícil de asimilar a alguna postura racional. Es tan vago e impreciso, sus formas tan delicuescentes que no se prestan a reflejar un modo de pensar análogo, al que no se le hiciera la ofensa de suponerlo igualmente vago e impreciso, con lo cual se le arrebatarían justamente sus cualidades más propias. Los impresionistas pintaban masas de pintura iluminadas diversamente, esperando que el espectador hiciera una parte de la creación artística, reuniendo, sintetizando, su obra, ya sea a través de la propia vista o del pensamiento mismo. Sólo correría a cargo del pintor sugerir las masas, sus yuxtaposiciones, y la unidad nacida de estar sumergidas en el mismo universo de espacio y de luz. Pero hay pensadores impresionistas que sugieren la gran masa de sus doctrinas, en perfiles acentuados, en sus relaciones mutuas, en el universo de sentido del que reciben final significación. Su estilo es ágil, literario, sugestivo, dejando las definiciones precisas, los conceptos delimitados y bien determinados, como una manzana en la naturaleza muerta de un academista. Acaso sea José Ortega y Gasset el filósofo que haya tenido más que ningún otro esa difícil virtud del estilo impresionista en el pensar. Un amigo mío, inteligente y fino, más educado en las secas aristas del método escolástico (había estudiado en un Seminario), me dijo alguna vez, (en las amenas y tibias frondas de un jardín potosino): "No puedo entender lo que escribe Ortega y Gasset. Le falta toda precisión científica. No se sabe qué pretende probar ni a qué realidad se refiere. Es un periodista, de esos que hablan superficialmente de todo, sin tocar nada en el fondo".

Los estilos expresionistas son tal vez más adecuados a la sensibilidad actual. Se esfuerzan en reducir la realidad, a sus aspectos más sobresalientes, hacen un esquema muy concreto y prescinden de todo lo demás. Practican esa "epojé" tan preciada por los fenomenólogos. Dejan fuera lo que no importa a sus intenciones y propósitos. Crean

un universo coherente para ellos mismos. Recuerdan mucho a Jean Paul Sartre o Husserl. Sin embargo el expresionismo no pretende forzar la realidad o sustituirla por otra: sólo la reducen a esquemas simples y significativos.

Pero el cubismo sí es revolucionario. No acepta el universo tal como es. Quiere formar el suyo propio, aunque para ello no pueda evitar tomar los elementos esenciales del mundo que rechaza. Tiene audacia y talento, valor y crueldad, para destrozarlo todo y rehacerlo a su antojo. Sin embargo, ¡qué falsificación más evidente ha hecho de nuestro mundo natural! No ha creado otro mundo, sino que sólo nos ha devuelto el nuestro, deformado, trastornado, enrevesado, vuelto a armar en un mamotreto infame, que recuerda a los niños que, con sus juguetes, intentan hacer un nuevo carro o un nuevo avión y no logran sino un objeto informe y maltrecho.

El estilo cubista me sugiere a algunos marxistas modernos, o a Marcuse que es un discípulo vergonzante de ellos. Entre el cubismo y estos pensadores hay secreta afinidad. A sabiendas o sin ellas, buscan otra realidad, mediante un bien montado procedimiento de falsificación. Porque al fin de cuentas, Marx no hizo sino una teoría de la falsificación con su doctrina de la ideología, de la que él ofreció el primer y más claro ejemplo.

Sin embargo la analogía más obvia entre la pintura y el pensar es la escuela surrealista y el psicoanálisis de Freud. Unos y otros intentan recorrer ese "camino de oro" hacia el subconsciente que es el análisis conceptual y la representación plástica de los sueños. Si no fuera porque el Bosco ofreció hace mucho tiempo un ejemplo espléndido de la pintura surrealista, nos atreveríamos a decir que los surrealistas no son sino ilustradores del freudismo, y en muchos casos, lo han sido consciente y deliberadamente.

Cuando veo las pinturas de Matisse o de Raoul Dufy, que dejan sus suaves paisajes y decoraciones llenas de color, como un comentario lírico en las riberas del Río Sena, no puedo evitar la idea de que es una vuelta de la pintura hacia las realidades más elementales del

mundo natural, abandonadas desde la rebelión del impresionismo; una vuelta, con sencilla ingenuidad, plena de honestidad y propósitos claros, simple como el aire o el agua. Pero dudo si esta actitud óptica, para decirlo en términos pedantes, haya tenido una respuesta en el mundo teórico. Porque ¿qué pensador ha intentado, frente a los terribles problemas contemporáneos, recobrar la ingenuidad y simplicidad de los grandes teóricos como Sócrates o Descartes?



